

A woman with dark hair, wearing a bright red trench coat over a black top, is walking in a city setting. The background shows a sidewalk and a building with columns. The text is overlaid on the image.

LISA
SCOTTOLINE
GENTE
LEGAL

Rosato & Associates 2

A Mark lo asesinaron alrededor de las doce de la noche, mientras trabajaba en un acuerdo, un contrato para la liquidación del bufete que había fundado con Bennie Rosato, horas después de anunciar a su socia y examante su determinación de constituir su propia empresa. A medianoche Bennie remaba sola en la oscuridad, en la quietud del río, tratando de recobrar la calma, ajena a cuanto sucedía en el despacho y a la sórdida trampa que le habían tendido. «Una novela trepidante que dejará sin aliento al lector más valiente».

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Gente legal](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Para mi editora, Carolyn Marino,
quien siempre me alentó a ir por más.
Y para Kiki y Peter

| 1

Me incliné hacia adelante en el banco de la galería de la audiencia para no perderme una sola palabra. La nueva amiga de mi examante, Eve Eberlein, estaba recibiendo una humillación pública a manos del juez Edward J. Thompson en medio de su contra interrogatorio. Me dio un ataque de alegría incontrolable; hubiera bailado allí mismo, en plena sala, pero no me quedó más remedio que celebrarlo en mi interior, en algún sitio a la izquierda de mi dolorido corazón. No hay peor furia que la de una abogada desechada.

—Permítame recordarle algo que usted ha olvidado por completo, señorita Eberlein —decía el juez Thompson. Era un magistrado calvo y un auténtico caballero que había perdido su legendaria paciencia ante el ataque de Eve contra una anciana testigo—. Este es un tribunal de justicia. Hay normas de comportamiento. Modales, civismo. No se deja la buena educación a la puerta de mi sala de audiencias.

—Pero, Su Señoría, esta testigo no está siendo honrada con la sala —dijo Eve. Mantenía un desafiante y altivo porte mientras se dirigía al estrado; su maquillaje era perfecto y el vestido rojo resaltaba convenientemente sus curvas. No es que yo sea celosa.

—¡Un disparate, señorita Eberlein! —replicó el juez Thompson bajando la mirada a través de unas gafas bifocales que hacían juego con su toga—. No le permitiré que siembre dudas sobre el carácter de la testigo. Usted le ha hecho la misma pregunta una y otra vez y ella le ha dicho

que no recuerda dónde está el expediente Ceter. Hace dos años que se jubiló, como usted recordará. Pase a su siguiente pregunta, por favor.

—Con el debido respeto, Su Señoría, la señora Debs era la archivera de Wellroth Chemical y recuerda perfectamente dónde está el expediente Ceter. ¡Yo afirmo que la testigo está mintiendo al tribunal! —Eve dirigió un dedo tembloroso hacia la señora Debs, a la que se le subieron los colores bajo el maquillaje.

—¡Dios santo! —exclamó manoseando nerviosamente las perlas que colgaban de su cuello. La señora Debs tenía un nimbo de cabello gris ensortijado y un rostro de absoluta honradez—. ¡Yo jamás mentiría a un tribunal! —dijo, y cualquiera con dos dedos de frente podía ver que estaba diciendo la verdad—. ¡Santo cielo, lo he jurado sobre la Biblia!

—¡Señorita Eberlein! —exclamó furioso el juez Thompson—. ¡Le retiro la palabra! —Cogió el mazo y lo golpeó con fuerza. ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Mientras tanto, Mark Biscardi, mi exnovio y aún socio del bufete, hacía como si leyera documentos en la mesa de la defensa. Trataba de quitar importancia al desastre a los ojos del jurado, pero sin duda prestaba atención a cada sílaba. Yo esperaba que recordase mi predicción de que Eve iba a estropear el caso para poder decirle: «Ya te lo había dicho».

—¡Protesto, Su Señoría! —gritó Gerry McIlvaine, el representante de la acusación—. ¡El comportamiento de la señorita Eberlein con esta testigo es un escándalo! ¡Un verdadero escándalo! —McIlvaine, un abogado con experiencia, había permanecido ajeno a la escaramuza, manteniendo la boca cerrada hasta que fuera el momento de actuar para el jurado. La sala del tribunal no es más que un escenario y los abogados son como actores.

Entonces, empecé a estudiar al jurado. La mayoría de los miembros de la primera fila miraban con rechazo a Eve

mientras el juez Thompson daba rienda suelta a su reprimenda. Dos jurados al fondo, ambas jubiladas como la señora Debs, mostraban una sonrisa de desprecio ante la actuación de Eve. Había logrado poner a todos en su contra, lo que influiría negativamente en su planteamiento de la defensa. En este juicio, las apuestas eran muy altas; por desgracia el demandado era uno de los mejores clientes de nuestro bufete legal, Rosato & Biscardi.

Maldita sea. Me senté bien erguida y miré preocupada a Mark, pero él seguía jugueteando con las pruebas. Él y yo habíamos fundado R & B hacía siete años y lo vimos crecer hasta convertirse en una de las *boutique* jurídicas más renombradas de Filadelfia. Me importaba tanto la empresa que en verdad ni siquiera podía disfrutar al ver cómo Eve destrozaba nuestra reputación, aparte de mi vida amorosa. Tenía que hacer algo.

Me puse de pie en medio del procedimiento llamando la atención, no porque dijera nada, sino por mi estatura, casi un metro noventa. Es una buena estatura para una abogada, aunque cuando era adolescente no lo llevaba tan bien. Luego crecí y me hice más alta, más rubia y más fuerte, de modo que ahora parezco una montaña dorada con título de abogado.

—¡Ay! —exclamó el letrado sentado a mi lado cuando le pisé fuertemente un pie.

—Oh, disculpe —dije en voz alta, casi tan alta como la del juez Thompson, que seguía reprendiendo a Eve ante la atención fascinada del jurado.

—Sshh —murmuró otro letrado.

—Lo siento, lo siento —dije abriéndome paso entre la fila atestada de gente como un espectador de fútbol que intenta ir a comprar una cerveza en el descanso. Por el rabillo del ojo, me percaté de que conseguía distraer a uno de los miembros del jurado, el hispano del fondo—. Ay, lo siento —dije prácticamente gritando.

Una vez fuera de la fila, caminé por el pasillo hasta la mesa de la defensa, donde mi examado sudaba la gota gorda bajo su chaqueta inglesa a rayas. Mark se dio la vuelta para ver de dónde provenía la conmoción y yo me incliné sobre sus cabellos castaños y engominados y le susurré con cierto placer por encima de sus lociones y cremas:

—Estás perdido, cielo.

—Está empezando —murmuró—. Ha cometido una equivocación.

—No, tú cometiste la equivocación. Te dije que no era una procesalista. No puede conectar con la gente; es demasiado fría. Ahora, elige una prueba para que podamos luchar en paz.

Mark cogió una prueba.

—¿Qué pasa con el jurado? Esto nos está matando.

Eché una rápida mirada. La mayoría de los miembros del jurado nos estaban observando. Solo podía esperar que mi peinado les pareciera menos extravagante que de costumbre.

—Calma, Mark. El jurado se está preguntando si aún nos acostamos juntos. ¿Dónde está el cliente? ¿El alemán? Es la estrella, ¿no?

—Sí, el doctor Otto Haupt. El tipo de las gafas metálicas de primera fila. ¿Cómo reacciona?

Observé atentamente su rostro, pero su expresión era absolutamente impasible.

—Es una cosa, no una cara. Y basta de excusas con tu amiguita. Soluciónale el problema.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que le dé un azote?

—Lo que quieras. —Lo intentó una vez conmigo, pero me reí en su cara—. Ponía en la retaguardia. No le permitas que interrogue a nadie más.

—Necesita practicar su don de gentes. Eso es todo.

—Detesto esa expresión, «don de gentes». ¿Qué significa? Es algo que se tiene o no se tiene.

Me lanzó una de sus sonrisas fotogénicas.

—¿Por qué estás aquí, Bennie? ¿De verdad crees que tengo que aguantar estas tonterías tuyas? ¿En medio de una sesión?

—Es lo menos que puedes hacer. Estoy a punto de salvarte el culo. Pásame el vaso que está al lado de esa carpeta. —Cogí una jarra de agua de la mesa. Pesaba y estaba fría, y hasta tenía unos cubitos de hielo. Perfecto.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —dijo él, y cogió el vaso.

—¿Recuerdas a Leo Melly, el travestido que quería desfilar el día de Colón? De los viejos tiempos, cuando luchabas por cosas que importaban, como el derecho a vestirse de mujer a plena luz del día.

Un relámpago de reconocimiento cruzó los magníficos ojos castaños de Mark; me pasó el vaso.

—¡Melly! Lo recuerdo muy bien, Bennie. Pero no estropees el invento. Fue algo original.

—Anímate. —Estiré la mano para coger el vaso, pero se me resbaló de entre los dedos y cayó dando vueltas como una pelota de *rugby*.

—¡Ay! —exclamé con un tono más agudo de lo necesario. Me lancé a por el vaso, pero con tanta pericia que también volqué la jarra. El agua fría y los cubitos de hielo se derramaron como un manantial de montaña, rebasaron el vaso errante y aterrizaron con ruidoso chapoteo en medio del regazo de Mark.

—¡Ay! —gritó Mark poniéndose de pie—. ¡Dios santo! ¡Está frío! —Con los ojos desorbitados se alejó de un salto de la mesa pisoteando los cubitos de hielo en un baile frenético.

—¡Oh, no! —grité, y dejé caer la jarra sobre su pie—. ¡Ay, se me ha resbalado!

—¡Ay, ay! —Mark se cogió el pie—. ¡Por todos los santos!

—¡Oh, lo siento! ¡Lo siento! —Agité los brazos como una cría de foca y traté de parecer indefensa, lo que no me

resulta fácil. No he estado indefensa un solo minuto en mi vida.

Mientras, se armó el caos. Un miembro del jurado de la primera fila hacía señales. Los de la última, en su mayoría mujeres, se pusieron a reír. Eve se dio la vuelta y se quedó con la boca abierta. El juez Thompson se quitó las gafas en medio de su interrumpido discurso.

—¡Alguacil! ¡Agente! —gritó—. ¡Traiga toallas de papel! ¡No permitiré que se manchen mis mesas!

—Sí, Su Señoría —contestó el oficial de justicia, que ya se acercaba a toda prisa con unas toallas de papel. Me echó una mirada asesina mientras secaba el agua de la mesa, que goteaba sobre la alfombra azul.

—¿Me permite unas cuantas? —le preguntó Mark. Las cogió y empapó su pantalón con ellas, lo que provocó otra oleada de risitas entre el jurado.

El juez Thompson suspiró sonoramente.

—Hagamos el descanso matinal, señoras y caballeros. Señorita Howard, escolte al jurado, ya que el agente está ocupado. —Y dio un mazazo. Se levantó y abandonó el estrado sacudiendo la cabeza.

—Es culpa vuestra —nos dijo el agente—. Y será mejor que lo sequéis todo. —Puso un montón de toallas sobre la mesa y se dirigió a la taquígrafa, que flexionaba los dedos.

La sala se vació rápidamente. Los abogados se reían mientras salían. El abogado del demandante cogió su portafolios y se retiró pasando al lado del doctor Haupt, que se demoraba en la puerta. Sus severas facciones solo dejaban vislumbrar un mínimo de disgusto. Mi actuación había sido tan buena que lo había engañado. Valía más así. No sería la primera vez que hiciera el papel de idiota por la causa.

—Muchísimas gracias, Bennie —dijo Mark mientras se secaba la mancha inmensa y húmeda que se extendía como una mala noticia sobre su bragueta.

—Lo siento, socio —le dije sorprendida por sentir una levísima pizca de remordimiento. Los cubitos de hielo se derretían sobre la alfombra. Eve pasó delicadamente sobre ellos para llegar a nosotros.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó en voz baja. Le acarició la espalda con una preocupación tan solícita que casi lancé una risotada.

—Solo es agua —señalé.

—Podrías haber tenido más cuidado —me dijo frunciendo el entrecejo—. Estaba a punto de replicar.

Solté un bufido.

—¿Crees realmente que fue un accidente? Tiré el agua para...

—Basta ya, Bennie —me interrumpió Mark con una toalla mojada en la mano—. Ya me ocupo yo.

—¿Lo harás?

—Sí —dijo, nervioso.

—Será mejor que lo hagas. Tengo que irme. Tengo un nuevo cliente. Mucha suerte, chicos. —Di media vuelta para evitar el charco y traspasé las pesadas puertas de caoba. Cuando se cerraban, oí la risa de Eve seguida de la de Mark. La masculina, más sonora.

Recordé su risa, lo recordé todo.

Ahora, lo que tenía que hacer era olvidarme.

|2

El hematoma del primer golpe estaba acentuado por un rojo virulento y un tajo profundo había partido la ceja rubia del adolescente. El ojo izquierdo había sufrido una hemorragia; el blanco se había vuelto carmesí y ese lado de la cara estaba moteado de contusiones y magulladuras. Por suerte, la piel de la frente no estaba abierta, de modo que supuse que el arma había sido una porra y no la culata de una pistola. A algún miembro de la fuerza policial no le caía muy bien el joven Bill Kleeb.

El juez me había asignado el caso, ya que Kleeb y su amiga Eileen Jennings habían presentado una denuncia por abuso policial, lo cual se estaba convirtiendo rápidamente en mi especialidad. En los últimos dos años, Filadelfia había desembolsado unos veinte millones de dólares en juicios por mala conducta policial y gran parte de ese dinero había ido a parar a mis clientes. Mis casos abarcaban una gran gama, que iba desde asalto policial, excesivo uso de fuerza y falso arresto hasta el oficial «disparo equivocado», como el estudiante graduado que resultó herido de bala porque tenía puesta una gorra verde de los Phillies igual a la de un delincuente que huía por las inmediaciones. El policía, que había estado bebiendo, se olvidó transitoriamente de que todo el mundo en Filadelfia usa gorras verdes de los Phillies, en especial cuando el equipo juega en casa.

El caso había sido noticia, así como las denuncias que presenté contra la comisaría 39 cuando un agente confesó que había traficado con objetos robados y falsificado pruebas en casos de drogas, lo cual había hecho que un cliente

mío, un sastre de sesenta años, pasase doce años en prisión. Y el sastre era inocente. El caso es que tuvieron que pagarle dos millones, con lo cual me pagó la minuta y me hizo un traje a medida. Me gustaba mi trabajo; tenía un sentido. Tal como yo lo veía, mi ciudad no me necesitaba para decirle que tenía un problema con el Departamento de Policía, sino para recordárselo de vez en cuando. A cambio de ello, solo cobraba una compensación modesta. Mi minuta por ser una molestia.

—Ahora, dime, Bill. ¿Por qué no pediste un médico a los policías? —Yo tomaba notas incongruentes durante la entrevista para evitar contemplar su rostro tumefacto. Escribí en mi bloc: DOCTOR, DOCTOR DAME LAS NOTICIAS.

—Les dije que no necesitaba un médico. Me pusieron hielo. Fue suficiente.

—Tendrías que haberlo llamado. Siempre que uno se queda inconsciente, hay que hacerlo.

—De acuerdo.

Escribí: TENGO UN MAL CASO DE AMOR CONTIGO.

—¿Cómo tienes las costillas? ¿Están bien?

—Sí.

—¿Te duele cuando respiras?

—No, ¿ve? —Lanzó una bocanada de humo del cigarrillo.

—Muy impresionante. —Tenía el pelo rubio grasiento, una frente manchada de pecas y una nariz pequeña sobre los labios hinchados. Sus dientes eran como los de los chicos pobres, espaciados y de tamaño irregular. Era sorprendente que no le hubieran saltado alguno durante la pelea —. ¿Patadas en el pecho? ¿O quizá te han pegado con la porra?

—Estoy bien —dijo con malhumor, y empecé a ponerme nerviosa. Acaso se debiera a cómo había ido la mañana. NINGUNA PÍLDORA CURARÁ MI ENFERMEDAD.

—Si estás tan bien, Bill, ¿por qué denunciaste a la policía por malos tratos? ¿Y por qué quieres declararte inocente cuando tenemos una oferta que te puede librar de la cárcel?

—Es Eileen, mi chica. —Cambió de posición con su carcelario uniforme azul—. Ella... eh... quiere que hagamos la misma denuncia. Como un mismo equipo.

—Pero no tiene ningún sentido declararte inocente. Eileen es quien creó el problema; ella es la que tiene antecedentes. —Por prostitución, pero no creí necesario aclarárselo en aquel momento.

—Ella quiere que formemos un frente unido.

—Pero no lo sois. Sois dos personas distintas y vuestras situaciones son diferentes. Por esa razón, os han asignado distintos abogados. Eileen tiene un problema más grave que el tuyo. Ella tenía el arma homicida.

—¿La pistola de electrochoque?

—¿Cien voltios de electricidad aplicados al pecho de un agente de policía? ¿Piensas que no tiene importancia?

Se mordió el labio hinchado.

—Se pondrá hecha una fiera. Esta Eileen tiene muy mala leche.

—¿Y qué? ¿Quién lleva los pantalones en la familia?

Parpadeó mientras inhalaba su Salem. El aire en la sala de interrogatorios estaba viciado por el humo de tabaco y por el desinfectante barato. La parrilla que había sobre la ventana de la puerta estaba llena de polvo; en el suelo yacía un arrugado vaso de plástico. He visto el mismo vaso de plástico en todas las comisarías de Filadelfia. Creo que lo pasean de una a otra.

—Entonces, ¿qué opinas, Bill? No puedes conseguir la fianza; por tanto, si te declaras culpable, te vas. Si te declaras inocente, te meten directamente en la cárcel. Es una de las estupendas ironías de nuestro sistema penal.

No quería mirarme a los ojos.